

Una historia para ir a la cama



de Drynites[®]





“ Izad las velas!”, gritó el capitán del barco Alva.

“ Más rápido, más alto! O nunca podremos salir de esta tormenta”

Aunque la tripulación difícilmente podía oír su voz con el ruido del viento, la lluvia y las enormes olas, fue suficiente para despertar a Jaime, que estaba profundamente dormido en la cabina. “¿Qué es todo este ruido?” preguntó Jaime con los ojos entrecerrados. “¿Y a dónde han ido a parar mis sábanas? No podré volverme a dormir hasta que las encuentre”, dijo poniéndose el albornoz encima del pijama y las zapatillas. “Tengo que salir a buscarlas”.

Primero se fue a la despensa, en donde se encontró con Pedro, el ayudante del cocinero, que trataba por todos los medios de que las gambas que acababa de preparar no se salieran de la cacerola ya que el barco se movía hacia todos los lados por culpa de la tormenta. “¿Tus sábanas?”, le preguntó Pedro extrañado. “No tengo ni idea Jaime, déjame tranquilo ahora, porque si no preparo inmediatamente el desayuno del capitán me meteré en problemas”.

Cuando Jaime le preguntó a Miguel, que se encontraba trabajando en la sala de máquinas, éste también le contestó que no las había visto y que estaba muy ocupado.



“Aquí no están tus sábanas. ¿Has mirado en la lavandería?”. “Claro”, pensó Jaime, “alguien las ha podido llevar allí”. “Gracias Miguel”, le dijo mientras salía corriendo.



La lavandería

se encontraba en la proa del barco, y Jaime conocía perfectamente ese camino. La mujer del capitán del barco, la Sra. Ana, trabajaba allí, y Jaime y ella eran buenos amigos, por lo que siempre le parecía muy divertido acercarse allí. Siempre que lo hacía, ella dejaba un rato su trabajo y le invitaba a té con pastas.

Lo cierto es que a la Sra. Ana le gustaban mucho los dulces, y por eso estaba un poco rellenita, así su gato prefería dormir encima de su tripa que en su cojín. “**Hola Jaime, mi pequeño amigo**, estoy encantada con tu visita”.

Mientras la Sra. Ana empezó a preparar el té y las pastas, Jaime le explicó que se había despertado durante la tormenta con los gritos del capitán y se dio cuenta entonces que había perdido sus sábanas, y ahora estaba buscándolas por todas las partes del barco. “**Sra. Ana, tienes tú mis sábanas?**”, le preguntó Jaime.

Ella, viéndole tan triste y cansado, le dio tanta pena que quiso decirle que sí las tenía, e incluso regalarle otras de la lavandería. Pero ninguna era como las suyas.



Cuando

Jaime salió de la cabina del barco se dio cuenta de que la tormenta ya se había terminado y el sol resplandecía, pero aún así no podía disfrutar de ello pues seguía sin encontrar sus sábanas. Casi ni se dio cuenta de que la tripulación estaba tratando de reparar los cabos y las velas que habían sufrido desperfectos durante la enorme tormenta.

Ni siquiera escuchó al capitán gritando: “¡Bajad las velas!”. Y de repente sintió sobre sus hombros un tacto y un olor muy familiares.

“¿Cómo? ¿Cómo puede ser?” dijo Jaime sonriendo. “Ay, Jaime, hijo mío, espero que no te importe que hayamos cogido prestadas tus sábanas. Las necesitábamos para ponerlas en el lugar de una de las velas que anoche se rompió durante la tormenta” — le explicó el capitán. Jaime estaba tan contento de haber recuperado sus sábanas que empezó a reírse a carcajadas y a bailar alrededor de todos sus compañeros. Entonces se acurrucó en una esquina del barco que estaba a la sombra, se abrazó a sus sábanas, y como no había podido descansar durante la noche se quedó dormido enseguida y soñó con aventuras maravillosas.





Para leer otras historias visita la página
www.drynites.es